

1.° de Noviembre de 1908. Año V. N.° 117.

Redacción y Administración: Calle de San Mateo, 11 dup.°, entr.° Apartado en Correos n.° 445.

El decapitado misterioso

Un enigma.—Carta sangrienta.—Las pesquisas de un policía.—El drama.—Se descubre el misterio.

I

El enigma.

—Y bien, querido amigo, ¿qué es lo que piensas?—preguntó X..., un agente de Policía, á su jefe al salir de casa del de la Seguridad.

—Nada — respondió Z..., absorbido sin duda en sus reflexiones.

—Tenía razón cuando te dije que nadie, ni tú mismo, podría aclarar este misterio, este horrible enigma, como dicen los periódicos que se ocupan del asunto, dedicando gran espacio y poniendo el título á dos columnas. Y eso que todos están conformes, periodistas, agentes, etc., en que tú has de descubrir el misterio.

- Bueno — respondió Z...— cuando hayas terminado de zarandearme con tus elogios, avisa. Es muy posible que yo no pueda desembrollar el asunto, pero haré todo lo posible.

He aquí lo que decía la Prensa respecto al asunto:

«Un espantoso descubrimiento se ha hecho en la calle de Enviergues. El conserje, al notar que desde hacía dos días no aparecía por ninguna parte uno de sus inquilinos, llamó á la puerta repetidas veces; no recibiendo contestación, se decidió á avisar al comisario de Policía.

El magistrado, con un cerrajero, pudo penetrar en el piso, no sin grandes esfuerzos por estar atrancada la puerta por dentro.

La habitación está situada en el primer piso.

Un olor de sangre corrompida fué lo primero que percibieron el magistrado y los agentes.



En el suelo aparecía el cadáver de un hombre, cuya cabeza había desaparecido.

Reconocidas varias habitaciones, penetraron por último en el dormitorio, donde encontraron el cadáver de un hombre; estaba tendido en el suelo y la cabeza había desaparecido.

En la habitación reinaba el mayor orden.

Se hizo notar en las diligencias que la puerta estaba cerrada interiormente. La llave, colocada en la cerradura.

Se examinaron las paredes y las ventanas y nada podía indicar el punto por donde había desaparecido el asesino.

El procurador de la República y el jefe de la Seguridad, llamados por teléfono, acudieron en el acto. Pero las pesquisas realizadas por éstos no dieron el menor resultado. El misterio resultaba impenetrable.

La víctima vivía desde hacía quince días tan sólo en la habitación.

Por muchas conjeturas que se hagan, será muy difícil desembrollar la trama de este misterio.

No hubo lucha entre el asesino y la víctima y debe descartarse el móvil del robo, por el perfecto orden que reinaba en toda la casa. El muerto tenía una terrible puñalada en el corazón que debió producirle la muerte instantánea, según opinión del médico. La decapitación debió ser posterior.

¿Qué objeto se ha llevado el asesino al ocultar la cabeza? ¿Es para que no pueda ser identificado?

Esto aumenta el misterio y puede asegurarse que es el primer caso que se presenta en los anales criminales.

Procuraremos tener al corriente á nuestros lectores de cuantas diligencias se practiquen.»

II

La carta sangrienta.

Lo que no decía el periódico, porque se había guardado el secreto del descubrimiento, es que la víctima tenía un papel de forma irregular en que el asesino había trazado algunas palabras con sangre.

El jefe de la Seguridad había remitido al inspector principal una fotografía del documento, y el policía la examinó detenidamente.

El texto, sin una sola falta de ortografía, indicaba un carácter violento, y era evidente para el inspector que el asesino debía ser un sujeto imaginativo.

—Veremos cómo se introdujo en su casa. Por lo pronto, pongámonos á coordinar nuestras ideas con lo que se sabe y posteriormente con lo que veamos. Veo claro como la luz el móvil del hecho: la venganza. Los términos de la carta lo dan á entender. ¿Pero qué venganza? y ¿por qué? Esto serviría para identificar á la víctima.

¿Cómo se ha marchado? Es igual. Simple curiosidad que trataré de satisfacer si llego á un resultado.

Lo primero es que el culpable se crea al abrigo de nuestras pesquisas. Esto da una doble ventaja. Concluiría por cometer alguna imprudencia.

Es preciso que encuentre la cabeza—y entonces fijándose en la fotografía de la carta, leyó: *Yo la conservaré*. —Bueno - se dijo - ; el animal nos quita toda esperanza por este lado. Me la figuro en algún cacharro de alcohol y al asesino contemplando diariamente la última mueca de su víctima. Bien lo dice también la carta: *Para contemplar su última mueca*. ¡Y con eso se conceptúa dichoso!

Debo, pues, renunciar á encontrar la cabeza, puesto que el asesino la guarda. Tenemos estas huellas de los dedos, que es preciso examinar.

Veamos, pues, no seas estúpido. Es preciso hacer un examen minucioso de las señales de los dedos. Creo que las huellas de este pulgar son de un hombre que se roe las uñas. Guardaremos este dato en un rincón de la memoria.

Del asesino sé que es violento. Ya tengo la prueba. Ha acumulado todas las dificultades para entorpecer las pesquisas.

Después, el inspector cogió una lupa y miró la huella del dedo fotografiada.

III

Las pesquisas de un policía.

El inspector marchó á la Morgue, donde se había llevado el cadáver para que se le hiciera la autopsia.

El cuerpo era el de un hombre como de cincuenta años, de cutis muy blanco; no tenía ningún tatuaje ni marca especial por la que pudiese ser identificado.

El policía solicitó ver el traje del difunto. No tenía marca alguna, ni siquiera una inicial.

La ropa exterior no llevaba siquiera la etiqueta del sastre.

El sombrero había sido comprado en los almacenes del *Bon Marché*, donde es muy difícil conocer á la clientela.

En el domicilio del asesinado había también ropas ó algo que pudiese ayudar en las pesquisas.

Antes de subir al piso, se detuvo á hablar con el conserje. Este se encerraba en que no sabía nada, absolutamente nada.

Hay diferentes medios de hacer hablar á las gentes que saben algo y no lo quieren decir. Desde luego, conocen el motivo de su silencio. Unos callan por el lucro, otros por el miedo y este último es el que parecía hacer callar al conserje.

En presencia del misterioso drama, Boloir, este era el nombre del conserje, temía hablar demasiado, exponerse á las represalias del hombre diabólico que sabía desaparecer de un departamento, echando por el interior cerrojos y llaves. Las llaves, pase todavía, por estar provisto de ellas; pero ¿y los cerrojos?

Todo este misterio influía en el espíritu de Boloir.

El inspector pensaba que era difícil que el conserje ó su mujer no hubieran abierto alguna vez al visitante asesino, y cuando el policía entendió que el miedo era la sola causa del silencio que guardaba el matrimonio, comprendió el procedimiento que debía emplear para hacer le hablar.

—¿Decididamente, no habéis oído nada?

—No, señor; nada.

—¿No habéis visto subir á nadie á casa de M. Touler? (el nombre de la víctima).

—No, os juro que no.

—No juréis, es inútil. Pero convenceos de que á menos de que vuestro inquilino se haya cortado la cabeza á sí mismo...

El conserje se echó á reir.

—No se trata de bromas—dijo severamente el inspector. - Si he hecho esta reflexión es para demostraros que vuestro silencio es absurdo y que debéis haber, si no visto, por lo menos entrevisto al asesino de vuestro inquilino.

—¡Yo!

—Sí, vos, y si continuáis guardando silencio, os prevengo, mi querido señor Boloir, que en lugar de comer esta noche la sopa de coles cuyo olor llega aquí desde la cocina, en lugar de acostaros en el lecho con vuestra esposa, se quedará ella sola para abrir á los inquilinos que lleguen, y si persistís en ese silencio estúpido, os aguarda una celda del Depósito.

—Pero—gimoteó el conserje—¡sé tan poca cosa!

—Poca cosa, porque no tenéis criterio suficiente para discernir si es poco ó muy importante lo que sabéis. Veamos: ¿el día del crimen habéis visto subir á alguien á casa de M. Touler?

—Sí.

—¿Os ha hablado?

—Sí.

—¿En qué circunstancias?

—La persona había subido sin preguntar; entonces la he llamado y le he dicho:—¿A dónde váis? - A casa de M. Touler—y, como es natural, le he dejado subir.

—¿Qué edad tenía?

—Tenía los cabellos blancos.

—¿Elegante?

—¿Eh? ¿No os he dicho que era un cura?

—¡Un sacerdote!—exclamó el inspector, aturdido por esta inesperada noticia.

Boloir tuvo miedo.

—Os juro que os he dicho la verdad.

—¿Quién os dice lo contrario? ¡Diablo!—murmuró el inspector - ; esto es demasiado fuerte. Ha salido de aquí, ha dejado la sotana y ha sufrido una transformación en algunos minutos.

—Llevaba en la mano—añadió el conserje—un saco de cuero negro.

—Y este saco, ¿tenía algo de particular?

—Nada.

—¿Habéis visto salir al personaje?

—No.

—¿Nadie ha pedido el cordón durante la noche?

—Sí.

—¿Quién?

—M. Touler. Al menos así lo he creído.

—Bien — interrumpió el inspector —, acompañadme arriba.

—¡Yo, señor inspector! —interrumpió el conserje.

—Si tenéis miedo, yo solo subiré. Venga la llave.

El inspector registró minuciosamente todas las habitaciones sin hallar el menor vestigio, cuando de pronto halló un botón de pantalón que tenía escrito: «Werman. Bruselas.»

¿Era el nombre del sastre ó el del fabricante de los botones?

El inspector echó á correr, pasó rápidamente por delante de la portería y entró en el primer establecimiento de bebidas que encontró.

—¡Pronto! ¡La guía!

—¿De París?

—No, extranjera, ¡imbécil!

Estuvo mirando atentamente un rato y después exclamó:

—¡Aquí está!

El dueño y el dependiente le miraban asombrados; echó el libro sobre la mesa y salió disparado, sin prestar atención para nada en el asombro de los dueños; estaba demasiado contento para ello.

En la calle detuvo el primer carruaje que halló al paso, y dijo:

—Al muelle de Orfebres, ¡al galope!

(Concluirá.)

El crimen del Bastero

En que el inspector confiesa su torpeza.

Estaba terminando el desayuno cuando me anunciaron la visita del inspector é hice que pasase inmediatamente.

No había tenido tiempo aún de penetrarme bien del misterioso suceso desarrollado en la calle del Bastero; pero supuse que, desde luego, la visita del inspector estaba relacionada con este hecho.

Así pude darme alguna importancia y manifestar á mi amigo el objeto que le guiaba al visitarme, y desde luego me confesó que, efectivamente, encargado por la Delegación y por el Juzgado instructor de esclarecer el misterio, se declaraba desde luego impotente, y no quería confesar ante las Autoridades su fracaso sin consultarme á mí, puesto que otras veces le había ayudado con éxito y á veces sin tener necesidad de salir de mi casa.

Tenía á mi disposición todos los periódicos, que contenían extensos relatos del crimen, pero preferí que el inspector, á quien, por cierto, conocían por el mote de *El Chato*, á causa de su descomunal nariz, me hiciese un relato exacto, en la seguridad de que conocería á la perfección, mejor que la prensa, todo lo conocido.

—Perfectamente—añadí después de algunas preguntas con que había interrumpido su relato—; ¿y no se ha averiguado el domicilio anterior de la víctima?

—No ha sido posible.

—Yo lo creo, por el contrario, muy fácil. Se sabe el día en que tomó la habitación teatro del crimen, y nada más fácil, por las Alcaldías de barrio, que saber qué pisos se desalquilaron la víspera ó el mismo día. Por muchos que sean, en un solo día podían haberse recorrido las porterías y dar con la inquilina. Es probable que en la casa anterior diese el mismo nombre. Lo prueba su cédula personal y el tener el retrato y las cartas firmadas por F. el nombre y apellido que dió para firmar el contrato de la calle del Bastero.

—Cierto. Pues ahora mismo. . .—exclamó el agente levantándose.

—Calma. Se han perdido ocho días inútilmente, y poco importa ahora que se pierdan unas horas más. Antes de averiguar eso, necesito hacer una visita á la casa del crimen. Según he leído, la habitación continúa vigilada y no se ha tocado á los muebles. ¿Puede conseguirse?

—Indudablemente. Tengo plenos poderes del Juzgado. Iré á ver al juez y...

—Iremos. Tomaremos un carruaje que nos puede dejar en alguna esquina próxima; obtiene usted la autorización.

—Perfectamente.

—Pues en marcha.

Salimos, y un cuarto de hora después el coche nos dejaba en la calle de Orellana, esquina á la del General Castaños.

A pie marchamos á la Casa de Canónigos; subimos los escalones de piedra, y por una de las escaleras falsas nos dirigimos al segundo piso, donde tenía su despacho oficial el juez instructor de la causa. Al abrir la puerta del despacho salió un caballero vestido de negro, con bigote muy poblado, con la barba recientemente afeitada y en quien me fijé con detención. El pareció no hacer caso de mi curiosidad, y con paso ligero marchó precipitadamente por la misma escalera que habíamos subido. Llevaba un papel en la mano. Unos minutos después salía el inspector del despacho del juez. Estaba pálido, y supuse desde luego que el Juzgado, considerando innecesaria la orden de vigilancia en la casa del crimen, había ordenado la entrega de las llaves al dueño de la casa.

—No hay tiempo que perder.

Salimos precipitadamente y el carruaje nos condujo á la calle del Bastero.

Nuevo reconocimiento.

Con efecto, al llegar á la casa, el mismo señor que había llamado mi atención en el Juzgado estaba hablando con la portera.

Nos detuvimos y presentamos la orden del juez para que nos permitiesen visitar la habitación del crimen.

El señor enlutado, que era el dueño, se mostró algo sorprendido y le vi estremecerse ligeramente, lo que pasó inadvertido para *El Chato* y á mí me hizo sonreir interiormente. Mis suposiciones de la Casa de Canónigos se confirmaban plenamente.

Mostróse, sin embargo, muy amable, rogándonos tan sólo que le dispensáramos no nos acompañase, por sus muchas obligaciones. Yo le di infinidad de explicaciones y le pedí no sé cuántas veces dispensase este último registro, que ya sería el último, y que, por lo tanto, podría desde el día siguiente verse libre de importunos y hacer las reformas que estimase convenientes en el local.

Así nos despedimos y subí con el inspector, examinando detenidamente la habitación del crimen. Ya pensaba en retirarme cuando unas manchitas insignificantes de trecho en trecho sobre la estera del gabinete llamaron mi atención.

Conocía lo impresionable que era mi compañero y no dije una palabra que pudiera darle á entender mi descubrimiento. Pero algo me hacía suponer que allí estaba la clave. Quedé un rato fijo en aquellas manchitas, y recordando los detalles consignados en la prensa y los que me había facilitado el inspector, me di una palmada en la frente.

Sabía ya quién había sido el autor, aunque ignoraba su nombre.

El Chato me preguntó con ansiedad:

—¿Ha descubierto usted algo?

Esta pregunta hizo que me serenase, y no queriendo comunicar mis impresiones y deseando al propio tiempo proseguir mis pesquisas, rogué al *Chato* que pidiese un vaso en la portería con una poca de agua.

Aunque no muy satisfecho con la misión que le encargaba, bajó á cumplirla y yo entonces me eché en el suelo y después de seguir la línea de las manchas que iban hacia la pared y partían de la alcoba, á cuya puerta faltaban más de dos dedos para llegar al suelo á pesar de la estera, levanté ésta, y bajo el zócalo de madera, en el hueco que formaba la falta de un pedazo de ladrillo, descubrí una goma de las que suelen colocarse en las muletas y las piernas de palo para evitar los resbalones.

Apenas me dió tiempo para guardar cuidadosamente en un papel mi hallazgo é introducirlo en un bolsillo, cuando se presentó el inspector con el vaso que había pedido.

—Ya no lo necesito y nos podemos marchar.

—¿Pero ha sacado usted algo en limpio?

—Poca cosa; pero creo que sí lo suficiente para desentrañar el misterio.

—Entonces, vámonos.

Bajamos á la portería y nos fijamos detenidamente en los pasillos que conducían á las habitaciones de los porteros. Yo seguí haciendo anotaciones mentalmente. *El*

Chato, sin poderse figurar lo que yo averiguaba y el modo en que iba reconstituyendo los hechos.

Nos despedimos de la portera con la mayor amabilidad posible, por si acaso la necesitábamos una vez más, visitamos después la carnicería y en el mismo carruaje nos dirigimos á casa.

El Chato no se atrevió á interrumpir mi silencio en todo el trayecto y únicamente cuando nos instalamos en mi despacho me preguntó:

—¿Qué ha sacado usted en limpio?

—Mucho y nada.

—¡Hombre!

—Así es; creo que conozco, mejor dicho, que sé quién es el autor del crimen; pero es preciso antes realizar ciertos trabajos que podrán servirme para confirmar mis sospechas. Mientras, no puede hacerse nada. Detener ahora al que considero como autor, no conduce á nada práctico. No hay nada en contra de él, ó por lo menos, tan poco, que facilmente podría probar su inocencia, aunque en la conciencia de todo el mundo estuviese probada su culpabilidad.

—Bien; ¿pero tengo algo que hacer?

—Por hoy nada. Mañana; de las gestiones que realice yo entre esta tarde y la noche, depende el plan de campaña de mañana. Así, pues, mañana á las once le aguardo á usted, y espero para entonces poder tener trazado un plan completo que nos lleve á descubrir el misterio. Es posible también que de mis pesquisas de hoy resultase comprobado lo que sospecho, en cuyo caso, lo único que habría que hacer es pedir el mandamiento para detener al autor.

—¡Diablo! Muy deprisa va usted.

—¡Oh! No lo aseguro todavía; pero espero que del día de mañana no ha de pasar...

—Perfectamente; entonces, hasta mañana. Y ahora que me acuerdo, ¿qué le ha parecido á usted el dueño de la casa?

—¿El amante de la víctima?

Confieso que se me escapó esta frase sin darme cuenta. Conocí la imprudencia que había cometido en el salto que dió el inspector.

—¿Cómo lo sabe usted?

—No pensaba decírselo, conociendo su impresionabilidad; pero ya que se lo he dicho, no puedo volverme atrás.

—¿Pero y la barba?

—Se ha afeitado Mi querido amigo, para ser policía se necesita aguzar un poco el ingenio. Le advierto, además, que no tiene nada que ver con el crimen; así es que le ruego que me deje organizar mis baterías para mañana, y mañana hablaremos.

—Una sola palabra. Usted sabe que el amante tenía barba. El ver á un señor afeitado no es motivo para suponer que sea el amante.

—Efectivamente; pero ha debido fijarse en la excitación que mostraba al salir del despacho del juez, y ha podido notar que el color de la piel en el sitio de la barba es mucho más blanco, lo que supone que el señor con quien hemos hablado en la portería de la casa hace, á lo sumo, seis ó siete días que se afeita.

—Es verdad; no había caído en ello. Hasta mañana.

El amante, detenido.

No quedé yo muy tranquilo con mi torpeza al pronunciar el nombre del amante; pero ya no tenía remedio.

El Chato había acudido á mí para que le ayudase en el descubrimiento del crimen, porque se hallaba completamente despistado, y él de por sí sabía que no podía encontrar la solución.

Yo le conocía á fondo, y sabía muy bien que no podía utilizarle sino para ciertas investigaciones secundarias que no pudieran entorpecer el éxito.

El menor detalle, el dato más insignificante, conocido de él, podía estropearlo todo. Su carácter impresionable era el mayor enemigo con que contaba el inspector para realizar algo de provecho, y á pesar de sus defectos, había descubierto no pocos asuntos y desembrollado otros. Era muy querido de los jefes, y á poder dominar sus nervios, hubiese sido el mejor policía de Madrid.

Pero ya no tenía remedio, y era preciso ponerse en campaña, prometiéndome en lo sucesivo ser más cauto.

Pasé un rato apuntando en un cuaderno mis impresiones recogidas en la casa del crimen, y organicé mi plan.

Para lo que me proponía era temprano, así es que me propuse saber el domicilio anterior de la víctima.

Me dirigí hacia la Tenencia de Alcaldía, y la casualidad me ayudó extraordinariamente.

En la calle de San Francisco vi un piso desalquilado y me acerqué á la portera á preguntarle. Pedían ocho duros y supe que había quedado desalquilado el 13 de mayo. Estaba á nombre de un señor alto, con barba negra; su nombre era Francisco del Alamo Este era nuestro hombre, indudablemente. Pocos fueron los detalles, sin embargo, que pude adquirir.

El visitaba con frecuencia á la mujer que vivía en la casa, y, según la portera, debió mudarse por temor á que la mujer propia del D. Francisco llegase á enterarse de las relaciones ilícitas que sostenía con aquella mujer.

Le pedí algunos datos acerca de la mujer, y entre ellos, uno que me desconcertó un tanto, creyendo que todas las suposiciones que había hecho acerca del autor del crimen eran infundadas De mucho me sirvieron, sin embargo La mujer asesinada tenía una nube en el ojo izquierdo, y yo recordaba haber conocido á una mujer de esas señas en un juicio de faltas con un sujeto de unos veintitantos años, que había sido su primer amante y que la había estado explotando posteriormente durante algún tiempo. Pero el sujeto éste, por detalles que luego consignaré, no podía ser, en modo alguno, el autor del crimen.

Era preciso, pues, hacer otra clase de pesquisas aquella misma noche, y mientras, no teniendo otra cosa que hacer, monté en un tranvía que me dejó en la Puerta del Sol. Subí por la calle de la Montera, entré en las de Fuencarral y Desengaño, y en las tiendas de ortopedistas pregunté si habían vendido hacía algunos días gomas como la que había recogido en la casa del crimen. Ninguna tienda recordaba haber vendido gomas de tal clase en mucho tiempo.

Ya iba perdiendo toda esperanza de conocer lo que quería, hasta que al cabo de recorrer medio Madrid y obscureciendo, en la establecida en la calle de Atocha pude convencerme de que mis suposiciones eran fundadas.

El día 19 de mayo, una mujer de baja estatura, delgada y de alguna edad había estado allí pidiendo gomas de aquella clase. Se había llevado una, que dejó pagada, con la condición de que la devolvería y la cambiaría por otra si no le servía. Así se convino, y dos horas después se presentó de nuevo la mujer con una pierna de palo y allí probaron varias gomas y se llevó una que ajustaba perfectamente.

Antes de marcharme me enteré que aquella clase de gomas no se expendían más que en aquel establecimiento y que tenían como marca H. F. S. C.ª Breveté. Apunté todos estos datos y marché, satisfecho del resultado, á la Puerta del Sol. Entré en un café para cenar cualquier cosa y continuar mis pesquisas Ya había engullido una tortilla de jamón, cuando las voces de los vendedores de periódicos pregonando algo extraordinario, llamaron mi atención.

«¡El *Heraldo* con la detención del autor del crimen de la calle del Bastero!»

—¡Zambomba! ¿A que *El Chato* ha hecho una de las suyas?

—¡Venga un *Heraldo!*

El camarero lo llevó y en grandes caracteres pude ver en la segunda plana:

«DETENCIÓN IMPORTANTE

¿Es el autor?

A última hora, y próximos ya á cerrar la edición de la noche, llega á nosotros la noticia de una importantísima detención llevada á cabo por el activo inspector Sr...

Sabemos el nombre de la persona detenida, que ocultamos tan sólo por no entorpecer la acción de la Justicia.

Diremos tan sólo que el policía aludido, que más que en ningún caso se ha hecho acreedor á una recompensa, ha reunido ciertos detalles, gracias á su sagacidad, descubriendo en el dueño de la casa del crimen el amante de la víctima, que, sin duda para despistar á la Justicia, en caso necesario, había hecho que le rasurasen la barba.

Esta precaución, como ven los lectores, no le ha servido de nada.

Mañana daremos más detalles.»

Se aclara el misterio.

Es de suponer la impresión que me produjo la lectura del suelto. Sin terminar la cena, pagué el importe y marché al Juzgado.

Imposible hablar con el juez. El detenido prestaba declaración y esperaban infinidad de testigos el turno para ser llamados.

Al cabo de un rato vislumbré al inspector, que sonriendo se acercó alargándome la mano y diciendo:

—Gracias, maestro, gracias á usted ..

Y aquí quedó callado, pues conoció en mi cara el efecto que me había producido la detención de aquel hombre.

—¡Caramba!, yo no tengo inconveniente en decir que gracias á sus indicaciones...

—¡Imbécil! Le prohibo terminantemente que asocie mi nombre á ese absurdo que ha realizado; además, mañana traeré yo en persona al autor del crimen y su *plancha*, después del bombo que le da la prensa, será más palpable.

—Pero yo entendí que usted dijo que el dueño era el amante, que se había afeitado.

—Lo cual puede realizar cualquier persona sin que por ello haya que acusarla de la comisión de un delito. Ha llevado usted la deshonra y el cisma á un hogar, y eso ya no tiene remedio; pero al menos procuraré que no pase por criminal una persona honrada. Buenas noches.

Salí de allí sin saber, realmente, qué resolución adoptar. A aquel hombre detenido podría achacársele haber sido infiel á su mujer; pero nada tenía que ver con la comisión del enorme delito que se le imputaba.

Me dirigí á mi casa, y al abrirme la puerta, la criada me anunció que una señora, cubierta con un tupido velo, me aguardaba hacía un buen rato. Pasé al despacho y pude ver que la señora que me esperaba, aunque retratado en su rostro el sufrimiento y con las huellas de haber derramado abundantes lágrimas, era joven y de extraordinaria belleza.

Sus primeras palabras me dieron á entender que era la esposa del detenido.

—¡Por Dios! Sálvelo usted. Es inocente mi marido, ¿no es verdad?

—Señora, cálmese usted. Yo soy el primer culpable indirectamente en la detención de su marido. Un torpe inspector ha interpretado mal las palabras que le dirigí respecto al crimen cometido en la casa de que es propietario su marido, y ya ve usted las consecuencias.

—Pero...—dijo titubeando la señora mi marido... no tendría nada que ver con la mujer asesinada...

—Tranquilícese. Su marido no ha cometido falta alguna, y le prometo entregárselo mañana, limpio de toda suposición.

—¡Oh! Por Dios, no prometa usted, y perdone mi desconfianza; pero comprenda mi intranquilidad...

—Señora, no digo las cosas más de una vez. Le he prometido la devolución de su esposo sano y salvo, y lo cumpliré aunque...

—¿Aunque qué?..

—Nada, esté usted tranquila, que no ocurrirá nada.

—¿Nos veremos?

—Si usted lo desea, me tiene siempre á sus órdenes.

—Quisiera poderle dar á usted las gracias—respondió con una sonrisa.

—Si no es más que eso, nos veremos.

***

Tal como había prometido, al siguiente día, el verdadero autor del crimen estaba encerrado en uno de los calabozos del Juzgado, convicto y confeso. El marido, en libertad, y el inspector, aunque yo había procurado ocultar parte de los sucesos, más corrido que una mona, solicitó un permiso y desapareció.

Habían transcurrido algunos días de este hecho, cuando un amigo, enterado por la prensa de mi intervención en el asunto, se presentó en mi casa solicitando una entrevista. Para él estaba siempre en casa, y como yo me figuraba, me pidió le explicase de qué medios me valí para descubrir al verdadero autor del crimen.

—Muy sencillo—le respondí—: Indudablemente, las primeras sospechas mías nacieron de la presencia de aquel cojo que tanta curiosidad había mostrado en los primeros momentos y que resbaló dos ó tres veces. Aquello me hizo suponer, en primer término, que conocía al autor del hecho, tal vez era cómplice y trataba de averiguar si el criminal había dejado algún vestigio por el que pudiera conocerse su personalidad.

Para ello necesitaba yo dar un vistazo por el teatro del crimen. Podría haber pasado inadvertido algún detalle para el Juzgado y la Policía que diese la clave del asunto.

Efectivamente, en el reconocimiento que practiqué en la casa, pude observar que entre la estera del gabinete y la rotura de un ladrillo había un trozo de goma de los que suelen utilizar los cojos para colocarlos en las muletas ó en las piernas de palo.

—Pero—interrumpió mi amigo—podía muy bien haberse caído la goma antes de que entrara el cojo que usted suponía autor.

—Muy cierto; pero también lo tuve en cuenta, y resulta que el cojo que me había parecido sospechoso resbaló dos veces antes de pudiese darse cuenta de nada y en sitio que no tenía nada que ver con el lugar en que había aparecido la goma que yo encontré.

El cojo aquel, por su indumentaria, debía ser, desde luego, antiguo amante de la víctima. Tal vez algún chulo que trataba de explotarla, y era preciso reconstituir la vida anterior de la llamada Juana Pérez; saber á qué atenerse.

Gracias á un amigo, empleado en la Sección de Higiene, pude saber las casas en que habían vivido mujeres conocidas por el mismo mote que la asesinada. Averiguado esto, me dediqué á recorrer algunas casas *non sanctas*, y á la tercera tropecé con lo que deseaba. Allí había vivido la víctima más de dos años; logré saber también que había sostenido relaciones con un hijo de la dueña, y por si estos detalles eran pocos, al cuarto de hora de conversación se presentó el hijo, que lucía una hermosísima pierna de palo.

Lo restante no es difícil de suponer. Me fijé en la goma que llevaba en la pata y que era idéntica á la que yo había recogido. Conseguí que me acompañase al Juzgado, diciéndole que lo llevaba como testigo; me siguió tal vez porque negarse equivalía casi á una confesión, y el juez con habilidad logró hacerle cantar de plano.

—Pero ¿cómo salió de la casa del crimen?

—Tal como yo me lo había supuesto. Tenía una llave del piso, y al asomarse al balcón y ver que un guardia miraba en aquella dirección, abrió la puerta y la cerró con llave, guardándose ésta en el bolsillo; bajó las escaleras, y al ver que los agentes y el público entraban por la carnicería, se ocultó en una especie de covacha que forma la escalera debajo del primer tramo.

—¿Y el amante?

—El amante fué puesto libertad, y conseguimos que la prensa no diese su nombre; pero una indiscreción de no se sabe quién hizo que su mujer supiese las relaciones ilícitas de su marido con la víctima, y faltó poco para que surgiese un segundo drama.

Al llegar aquí callé, y mi amigo, al cabo de unos segundos, volvió á preguntarme:

—¿Pero es eso todo?

—Todo.

—Falta algo.

—Sólo puedo decirte que el amante hizo que cambiase

de casa su querida, porque la mujer propia andaba algo escamada.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—Sin embargo, quiero recordar que la mujer te dijo que si lo ponías en libertad...

—Me daría las gracias, cierto.

—Y no es eso sólo. Te daría las gracias y volvería á verte y...

—... Y en efecto, volvimos á vernos.

Manuel María Rolo.

Rendición de Méjico

Llegado el último día del plazo que marcara Hernán Cortés á los ministros de Guatimozín, vióse con estupor que los mejicanos embarcaban en canoas en la ensenada.

Apercibióse de ello Gonzalo de Sandoval, y de acuerdo con Hernán Cortés, juntaron los bergantines, acercándose para dar alcance á la artillería.

Los mejicanos, cuyo plan no era otro que hacer un gran esfuerzo contra los bergantines y mantener el combate á todo riesgo hasta retirar á su rey y seguirle por diferentes caminos, se acercaron con tal ardimiento que, sin detenerse al estrago que hicieran las balas, se aproximaron á recibir los golpes de las picas y de las espadas Pero al mismo tiempo que duraba la batalla, notó Gonzalo de Sandoval que escapaban á toda fuerza de remos seis á siete piraguas.

Ordenóse al capitán García de Holguín que las persiguiese, haciéndolo con tal fortuna que ganó ventaja, volviendo la proa para hacer frente á la primera, que parecía superior en fuerza á las demás.

Pararon todos los remeros, deponiendo las armas y haciendo entender por señas que en aquella canoa iba la persona del rey. El capitán español dió orden de que no se disparase, abordó el bergantín, y saltando á la piragua, se lanzaron á la presa. Adelantóse Guatimozín, y conociendo al capitán en el semblante de los otros, dijo:

—Soy tu prisionero, y quiero ir donde me puedes llevar; sólo te pido que atiendas al decoro de la emperatriz y de sus criadas.

Pasó luego al bergantín, dió la mano á su esposa para que subiese á él, tan lejos de la turbación, que, reconociendo á García de Holguín, cuidadoso de las otras piraguas, añadió:

—No tienes que discurrir en esa gente de mi séquito, porque todos se vendrán á morir donde muriere su príncipe.

Y á una señal dejaron caer las armas y siguieron al bergantín como prisioneros de su obligación. Peleaba entretanto Gonzalo de Sandoval con las canoas enemigas, y se conoció en su resistencia la calidad de la gente que las ocupaba y el grande asunto de aquella nobleza, que tomó á su cargo la resolución de facilitar, á costa de su sangre, la libertad de su rey.

La batalla no fué larga, sin embargo, al tener noticia de su prisión. Pasado el primer instante de turbación y desaliento, los alaridos militares se convirtieron en clamores y lamentos. No sólo se rendían con poca ó ninguna resistencia, sino que muchos nobles subieron á los bergantines para seguir la suerte de su príncipe.

García de Holguín dió aviso de lo que ocurría á Hernán Cortés.

Mientras tanto, la gente de tierra luchaba en las murallas, que defendían con gran tesón y ardimiento los mejicanos hasta que supieron por sus centinelas el fracaso de las piraguas en que iba Guatimozín, y se retiraron atropelladamente, volviendo las espaldas más que temerosos, asombrados.

Hernán Cortés, levantando los ojos al cielo, reconociendo su felicidad, mandó á los cabos de su ejército que se mantuviesen á la vista de las fortificaciones, sin pasar á mayor empeño hasta nueva orden, y enviando al mismo tiempo dos compañías de españoles al surgidero para que asegurasen la persona de Guatimozín, salió á recibirle cerca de su alojamiento, cuya función ejecutó con gran urbanidad y reverencia, en que obraron más que las palabras las señas exteriores, y Guatimozín correspondió en la misma forma, procurando esforzar el agrado para encubrir el despecho.

Cuando llegaron á la puerta se detuvo el acompañamiento y Guatimozín entró delante con la emperatriz, afectando que no rehusaba la prisión. Sentáronse luego los dos y él se volvió á levantar para que tomase Cortés su asiento; tan dueño de sí en estos principios de su adversidad, que reconociendo á los intérpretes por el puesto que ocupaban, rompió la plática diciendo:

—¿Qué aguardas, valeroso capitán, que no me quitas la vida con ese puñal que traes al lado? Prisioneros como yo siempre son embarazosos al vencedor. Acaba conmigo de una vez, y tenga yo la dicha de morir á tus manos, ya que me ha faltado la de morir por mi patria.

Siguióle con menos reservas la emperatriz. Dejando algún tiempo al desahogo de los príncipes, respondió á Guatimozín «que no era un prisionero ni había caído en semejante indignidad su grandeza, sino prisionero de un príncipe tan poderoso, que no tenía superior en todo el orbe de la tierra; y tan benigno, que de su real clemencia podía esperar, no solamente la libertad que había perdido, sino el imperio de sus mayores, mejorado con el título de su amistad; que por el tiempo que tardase la noticia de sus órdenes, sería respetado y servido entre los españoles de manera que no le hiciese falta la obediencia de sus mejicanos».

Y quiso pasar á consolarle con el ejemplo de algunas coronas infelices; pero estaba muy reciente el dolor para sufrir los remedios y temió la empresa de seducirle sin mortificarle, porque no se hicieron los consuelos para reyes desposeídos, ni era fácil buscar la conformidad en el ánimo cuando faltaba Dios en el entendimiento.

Guatimozín tenía de veintitrés á veinticuatro años. El talle era de ordenada proporción, alto sin decaecimiento y robusto sin deformidad. El color, tan inclinado á la blancura ó tan lejos de la obscuridad, que parecía extranjero entre los de su nación. El rostro, sin facción que hiciese disonancia entre las demás, daba señas de la fiereza interior, tan enseñado á la estimación ajena, que aún estando afligido, no acababa de perder la majestad.

La emperatriz sería de la misma edad; su hermosura, más varonil que delicada, pareciendo bien á primera vista, duraba menos en el agrado que en el respeto de los ojos.

Según unos, era sobrina de Moctezuma; según otros, hija, y Hernán Cortés al saberlo y cuando lo supo éste repitió sus ofrecimientos, dándose por nuevamente obligado á reconocer en su persona lo que veneraba la memoria de aquel príncipe. Pero le tenía cuidadoso la necesidad de volver á su ejército, para que se acabase de rendir aquella parte de la ciudad que ocupaban los enemigos, y cortando la conversación se despidió cortesanamente de sus dos prisioneros.

Los dejó á cargo de Gonzalo de Sandoval con la guardia que consideró suficiente, y antes de marchar le avisaron que le llamaba Guatimozín, cuyo intento fué interceder por sus vasallos. Pidióle con encarecimiento el que no los maltratase ni ofendiese, pues bastaría para reducirlos la noticia de su prisión

Estaba el ejército en la misma disposición que lo dejó Cortés, sin que se hubiese ofrecido novedad; porque los enemigos que se retiraron al tener la primer noticia de la prisión de su rey, se hallaban sin aliento para defenderse y sin espíritu para capitular en la forma de rendirse.

Entró delante, á verse con ellos, el ministro de Guatimozín, y apenas les intimó la orden que llevaba, cuando se acomodaron á lo que deseaba, haciendo que obedecían.

Ajustóse por la misma interposición de aquel ministro que saliesen desarmados de carga, lo que ejecutaron tan apresuradamente, que ocuparon poco tiempo en la salida. Hizo admiración el número de gente militar que tenían después de tantas pérdidas; cuidóse mucho de que no se les molestase y eran tan respetadas las órdenes de Cortés, que no se oyó una voz descompuesta entre aquellos confederados que tanto los aborrecían.

Entró después el ejército á reconocer por aquella parte lo último de la ciudad, y sólo se hallaron lástimas y miserias que hacían horror á la vista y miedo á la consideración: impedidos y enfermos que no pudieron seguir á los demás, y algunos heridos que pretendían la muerte acusando la piedad de sus enemigos.

Pero nada fué de mayor espanto á los españoles que unos patios y casas yermas, donde iban amontonando los cuerpos de la gente principal que moría peleando, para celebrar después sus exequias, de que resultaba un olor intolerable, que atemorizaba la respiración, y á la verdad tenía poco menos que inficionado el aire, cuyo recelo apresuró la retirada.

Y Hernán Cortés, señalando sus cuarteles á Gonzalo de Sandoval y á Pedro de Alvarado fuera de aquel paraje sospechoso y dadas las órdenes que parecieron convenientes, se retiró con sus prisioneros á Cuyoacán, llevando consigo el trozo de Cristóbal de Olid, entretanto que se limpiaba de horrores la ciudad, donde volvió dentro de pocos días para tratar de lo que parecía necesario en orden á mantener lo conquistado y atender á las demás prevenciones y cuidados que ya se venían al discurso como consecuencia de aquella felicidad.

Sucedió la prisión de Guatimozín y la total ocupación de Méjico á 13 de agosto, en el año de 1521, día de San Hipólito. Duró el sitio noventa y tres días, en cuyos varios accidentes, prósperos y adversos, se deben igualmente admirar el juicio, la constancia y el valor de Cortés, el esfuerzo infatigable de los españoles, la conformidad y la obediencia de las naciones amigas, concediendo á los mejicanos la gloria de haber asistido á su defensa y á la de su rey hasta la última obligación de su espíritu, y la paciencia.

Preso Guatimozín y rendida la ciudad cabeza de aquel vasto dominio, vinieron á la obediencia, primero, los principales propietarios, y después, los confiden es, gracias unos á la opinión y otros á la diligencia de las armas, y se formó en breve tiempo aquella gran monarquía que mereció el nombre de Nueva España, debiendo el máximo emperador Carlos V á Hernán Cortés no menos que otra corona digna de sus reales sienes.

¡Admirable conquista! ¡y muchas veces ilustre capitán!, de aquellos que producen tarde los siglos y tienen raros ejemplos en la Historia.

La institutriz y el ayudante

Casado, padre de familia, mata á una prima suya y se suicida.

El hecho ha ocurrido en Varennes-en Argonne, lugar próximo á Verdun y célebre villa por la detención de Luis XVI.

El ayudante Buffon, del 4.º batallón del 150 de Infantería, de guarnición en el cuartel Chever, de Verdun, ha matado el día 11 de octubre, á las siete de la noche, á una prima suya, la señorita Louis, joven institutriz, y después se ha disparado dos tiros sobre el cadáver de su víctima.

El Juzgado de Verdun se trasladó al lugar del hecho, acompañado del coronel Berteaux, comandante del grupo de Infantería del cual formaba parte el asesino.

El ayudante Buffon tenía veintitrés años de servicios. Estaba en posesión de la medalla militar y propuesto para la Legión de Honor. Esperaba, además, ser nombrado para un destino importante. Era natural de Niza, donde sus padres tenían hace pocos años un comercio de libros clásicos. Tenía dos hermanos, uno abogado y otro médico, en la misma población.

Muy joven ingresó Buffon en el Ejército. Cuando alcanzó el grado de suboficial, contrajo matrimonio con una joven, hija de labradores de la villa de Handainville-les Verdun, de la cual tuvo tres hijos.

Los hechos, tal como pudieron reconstituirse en un principio, son los siguientes:

El día anterior al crimen, Buffon almorzó con uno de sus compañeros; parecía muy alegre, y no hizo alusión á preocupaciones de ningún género. Después tomó el tren de Verdun á Aubreville, descendió en esta estación y se hizo conducir á Varennes, distante de Aubreville unos 12 kilómetros. No se pudo averiguar en un principio en qué había empleado el tiempo. El asesinato se cometió en la habitación de la joven.

Las primeras pesquisas dieron á conocer que la víctima, mientras luchaba por huir, había recibido una bala en la espalda y otra en la cabeza; cayó mortalmente herida. El asesino se dió, sin duda, cuenta entonces de la enormidad de su delito y se disparó dos tiros. Al ruido de las detonaciones acudieron dos vecinos; pero no pudieron entrar, porque el cadáver de la joven impedía que la puerta pudiera abrirse. Después de grandes esfuerzos, logróse penetrar, pero los auxilios eran inútiles: ambos habían fallecido.

Llamábase ella Matilde Elena Louis, nacida en Aureville (Meuse) el 19 de julio de 1887. Había seguido sus estudios en Commercy, y después de haber dado lecciones en algunos colegios y casas particulares, obtuvo el título de profesora en Varennes. Era prima política de Buffon; muy linda, de mediana estatura, y sostenía correspondencia con su primo, según ha podido verse por cartas encontradas en su habitación.

Parece que los dos primos no se vieron sino momentos antes del crimen, pues ella estuvo casi todo el día en casa de uno de sus tíos en Parois, y Buffon estuvo solo largo tiempo en casa de la institutriz.

Pocos minutos después de la llegada de ésta es cuando se desarrolló el drama.

Los amores del ayudante.

Nuevos detalles adquiridos han demostrado que los dos disparos los hizo Buffon estando de espaldas la joven, é indudablemente, tratando de huir. Su muerte debió ser instantánea. En cuanto á Buffon, sólo sobrevivió algunos minutos.

El Juzgado en sus pesquisas ha encontrado una carta cifrada, cuyo contenido aún se ignora. Se cree, sin embargo, que Mlle. Louis, que gozaba de excelente reputación, no había sostenido nunca relaciones íntimas con su primo y que éste era el que la perseguía inútilmente. En la fiesta celebrada en Handainville estuvieron bailando juntos, lo que provocó algunos reproches de la esposa de Buffon.

Desde entonces el suboficial cambió por completo de costumbres, se hizo taciturno y su carácter se agrió extraordinariamente, y hasta parecía huir la conversación de sus amigos.

Las últimas diligencias practicadas permiten asegurar que Buffon estaba enamorado locamente de su prima y que la venía asediando con cartas y proposiciones deshonestas, á las que ella se negó siempre á acceder.

Indudablemente, el criminal insistiría en sus propósitos en la última entrevista, y de todo ello surgió el crimen.

Dice un doctor alemán que ha tenido necesidad de visitar varios establecimientos penitenciarios durante muchos años, que solamente ha encontrado siete hombres y una mujer que tuviesen el pelo rojo.

La carga del soldado

Una anécdota y su resultado.—Estadística.

Hace poco tiempo, un soberano europeo hizo que le presentasen cierto día á un soldado en traje de campaña. Estaban presentes el ministro de la Guerra, el jefe de Estado Mayor y un brillante número de oficiales.

Se dió orden de llevar una báscula. El ministro se preguntaba lo que iba á pasar. El soberano tenía junto á sí á un ayudante con un *carnet* en la mano. El soldado esperaba inmóvil.

Se tomó su nombre y se le pesó sin el equipo, y á continuación con el fusil y la impedimenta. Seguidamente el soberano cogió la hoja de papel donde se habían hecho todas las anotaciones y la guardó en su cartera, y volviéndose hacia el ministro de la Guerra y el jefe de Estado Mayor, les dijo estas ó parecidas palabras:

«Señores, dentro de tres meses, me haréis el favor de enviar al mismo soldado. Guardo su nombre y el peso, y deseo que sus armas y efectos pesen un kilo menos, sin que se le suprima nada de lo que es necesario. El soldado lleva demasiada carga. Es preciso aligerarle. Hasta la vista.»

Tres meses después volvió á ser pesado el soldado, y, en efecto, pesaba un kilo menos.

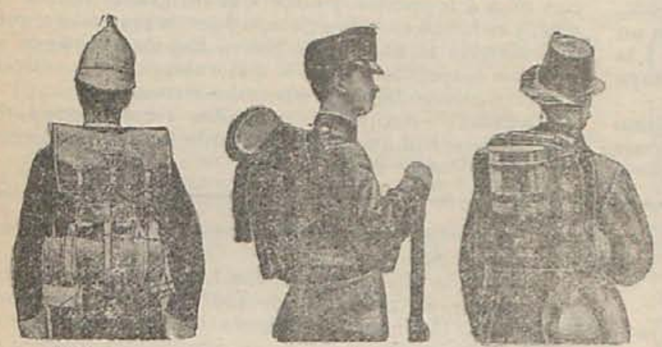
Entonces el soberano espetó otro discurso en forma análoga al anterior, añadiendo como final:

«... Es preciso que dentro de tres meses pese 500 gramos menos.»

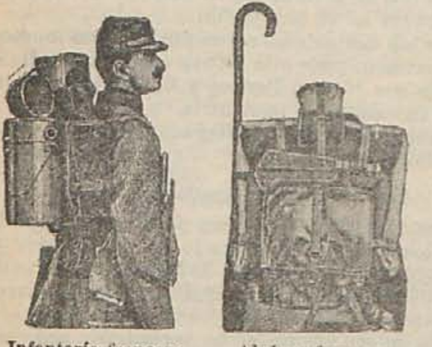
¿Quién era el soberano?... El emperador Guillermo.

El problema que se ventilaba, y que se resolvió en parte para el soldado alemán; esta iniciativa, rigurosamente histórica, del emperador germano, preocupa seriamente en todas las naciones. Las exigencias del combate moderno obligan al infante á tener una libertad de movimientos que no permiten los grandes pesos que se ve obligado á llevar. Las enormes distancias á que la Artillería rompe el fuego contra él, la precision del fusil y su alcance, le obligan á culebrear, á saltar cual un tigre que quiere sorprender una presa. Y esto no se consigue fácilmente cargado como va en todas naciones, según puede verse por los siguientes datos, que tomamos de la excelente Revista francesa *Armée et Marine;* pero respecto á los cuales hemos de hacer una salvedad: la de que difieren algo de los que existen en nuestros centros oficiales; pero como la variación es insignificante, á ellos nos atenemos.

Cómo llevan la mochila.



Inglaterra. Austria. Bélgica.







Infantería francesa. Alpinos franceses. Alemania.







Dinamarca. España. Estados Unidos.

NACIONES	Pesos medios de lo que carga el infante.
Dinamarca	30 kgs. 100
Austria	28 — 836
Alemania	27 — 856
España	27 — 350
Francia	26 — 570
Suiza	26 — 455
Suecia	26 — 275
Rusia	26 — 260
Italia	26 — 200
Noruega	25 — 220
Estados Unidos	25 — 100
Bélgica	24 — 870
Inglaterra	24 — 500
Países Bajos	23 — 570

Como se ve, el soldado dinamarqués es el que mayor peso soporta, y el de los Países Bajos quien menos, ocupando España un puesto á la cabeza, siendo la nuestra de las naciones que en los últimos años más han conseguido aligerar al infante de su pesada, pero casi necesaria carga.

En todas partes se continúa estudiando este difícil problema que integra un factor importante: el que por necesidad todo soldado tiene que llevar, cual la tortuga, su casa á cuestas.

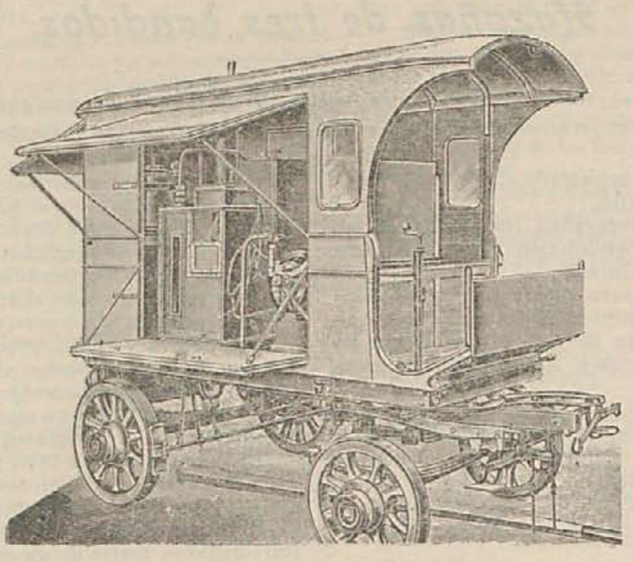
El rey de los tártaros fué el primero que empleó la bandera negra que acostumbra á usarse ahora en las cárceles cuando se ejecuta á algún condenado.

Dice una Revista extranjera, que en una población de Australia hay un jefe de Policía, cuyo sueldo consiste en dos uniformes al año y 20 pesetas en métalico.

El agua potable en el Ejército

Una de las cuestiones que más preocupan siempre á los Gobiernos y á los Municipios ha sido la necesidad de dotar de aguas potables á las poblaciones. La ciencia nos dice, por otra parte, que el agua impura ó en malas condiciones es portadora de infinidad de gérmenes, causa en la mayoría de las veces de las epidemias.

Si este asunto ha preocupado y preocupa por lo que respecta á las poblaciones, no es de extrañar que ocurra lo mismo en los ejércitos, sobre todo cuando por maniobras ó campaña hay necesidad de movilizar gran número de hombres.

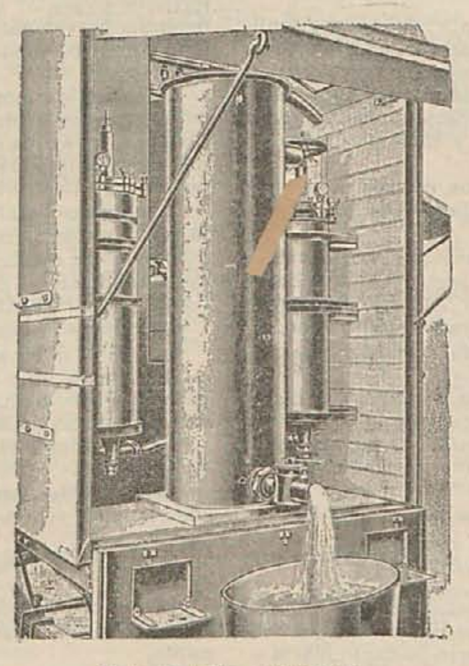


Corte transversal del carruaje.

Un ingeniero francés, M. Otto, ha ideado un carruaje que pueden arrastrar dos caballos, y en el cual van colocados y en disposición de funcionar, los aparatos indispensables para conseguir la clarificación y esterilización de las aguas destinadas á la bebida.

El carruaje está dividido en tres compartimientos. En el de delante se halla el lugar para el conductor y un ayudante. En el del centro están situados los aparatos mecánicos y eléctricos, y en el de detrás van los filtros y la columna de esterilización con sus emulsores

La fuerza motriz se obtiene con ayuda de motor de esencia, que entrena una dinamo y una bomba centrífuga. La corriente alternativa producida por la dinamo es enviada á un transformador, elevando su tensión á voltaje por la producción de efluvios eléctricos entre los electrodos del ozonador.



Parte posterior del vehículo.

Para los carruajes destinados al Ejército hay que buscar, ante todo, la solidez; el rendimiento juega un papel secundario.

El agua, sea de río, laguna, etc, es aspirada por una bomba centrífuga. Entra á presión conveniente en los filtros rápidos, situados á derecha é izquierda del esterilizador. Una vez que ha sido clarificada, y siempre por procedimientos mecánicos, pasa al emulsor y á la columna esterilizadora.

Respecto á la producción, basta decir que el coche eléctrico puede llenar en media hora diez cubetas que contengan 250 litros cada una, y son suficientes tan sólo unos minutos para hacer funcionar los aparatos. El gasto es insignificante, estando reducido al coste de la esencia necesaria para hacer que funcione el motor.

Los postes móviles de esterilización pueden utilizarse igualmente en las poblaciones en caso de epidemia y proporcionarán agua potable.

En suma, el invento de M. Otto es un aparato ingeniosísimo, que actualmente se está ensayando en Francia, y que no sólo deberían poseerlo todos los regimientos, sino todas las poblaciones. El gasto se hace de una vez, y no es muy crecido; el entretenimiento es insignificante, y el beneficio que produce, importantísimo.

Dramas de la prostitución

Dos tentativas de asesinato se han registrado recientemente en París.

La primera ha ocurrido en el 10.° distrito. A las once y media de la noche, tres agentes oyeron voces pidiendo socorro. Acudieron presurosos y vieron tendida en el suelo á una desgraciada mujer de vida airada, llamada Luisa Lancelin, de veinticinco años, á la que condujeron al hospital más próximo, donde fué curada de tres heridas en el costado derecho.

El asesino es un tal Carlos Tisaert, de veintinueve años, que sostenía relaciones con la víctima y á la que molestaba de continuo con peticiones de dinero.

El otro hecho ha ocurrido en el 2.° distrito y las protagonistas han sido dos mujeres de vida airada.

El hecho se ha desarrollado en el núm. 131 del boulevard de la Villette.

Alina Maillard, de veintiocho años, y Luisa Monasson discutieron acaloradamente, por creer ambas que se quitaban mutuamente la clientela.

Después de las injurias ¡y qué injurias!, empezaron á propinarse sendos cachetes, hasta que Alina cogió un cuchillo y dió un tremendo golpe á su contrincante en el pecho izquierdo, dos centímetros más arriba del corazón.

Cuando fué recogida por los agentes presentaba pocas señales de vida.

La autora del hecho ha sido detenida.

Suceso inaudito

Hazañas de tres bandidos

En un vagón de tercera.—Tres presos de cuidado logran fugarse, después de asesinar á un guardia civil y herir gravemente á otro.—Pánico de los viajeros.—Los fugados empiezan á realizar fechorías.—Tiroteo con la Guardia civil.

Un hecho inaudito se ha registrado el día 23 de octubre en el tren mixto de Sevilla.

El hecho es de los que recuerdan las hazañas de los bandidos en la época del bandolerismo, que tan triste fama dió á los campos andaluces.

Este hecho tal vez sirva para que de una vez se adopten precauciones con la conducción de criminales, que en modo alguno han debido llevarse en los trenes de viajeros, sino en coches celulares Así se evitarían estos hechos.

Tal vez también lo ocurrido ahora sirva para la creación del tercio de la Guardia civil destinado exclusivamente á la vigilancia de los trenes y tal vez se adopten otras medidas muy necesarias, de las que no hablamos por ser sobradamente conocidas de nuestros suscriptores, en su mayoría pertenecientes al benemérito Instituto

Y dicho esto, vamos con los hechos.

***

En un vagón de tercera del tren viajaban tres confinados con destino al Puerto de Santa María. Corte de bandido andaluz tenían los tres. Pequeños, nervudos, el rostro seco, los pómulos salientes, la mirada penetrante y traviesa, la frente corta y deprimida, destacándose entre unas cejas pobladas y juntas y unos mechones de áspero cabello.

Atados los pies, libres las manos, camino del Puerto iban á purgar sus crímenes, custodiados por una pareja de la Guardia civil.

Ni hablaban, ni se movían. Silenciosos, reconcentrados en sus lúgubres pensamientos, poco daban que hacer á los civiles Jerónimo Ramírez y Antonio Rodríguez Marqués, que, con sus mausers apoyados en las piernas, leían á ratos y á ratos contemplaban el paisaje, sin perder de vista á los presidiarios.

En Lebrija, el tren se detuvo diez minutos, y al vagón subieron, no sin hacer una mueca de desagrado á la vista de la cuerda de presos, un matrimonio joven, un chico de quince años y un buen campesino, llamado Alfredo Castro.

Siguió el mixto su marcha, y los viajeros entablaron conversación.

Terciaron en ella, aburridos del prolongado silencio, los guardias civiles.

—¿Y vienen ustedes de muy lejos?—preguntó Castro.

—No; venimos de Sevilla; somos del puesto de San Bernardo, y llevamos á éstos al Puerto de Santa María—replicó uno de la Benemérita.

Los criminales—porque criminales eran—no despegaron los labios. Miraban alternativamente, con mirada amenazadora, á viajeros y civiles, y después, como si en el suelo clavasen la vista, cruzaban entre ellos miradas de inteligencia.

La velocidad del tren aumentó un poco al salir de la estación de El Cuervo.

Agresión y fuga.

Entraban en campos de Jerez, cuando de pronto se oyó un grito imperioso:—¡Ahora!

No se sabe cómo fué; pero es lo cierto que los tres bandidos esposados, ya libres y sin trabas, cayeron como lobos hambrientos sobre los infelices guardias, que no tuvieron tiempo de apercibirse á la defensa.

Uno de los bandidos, el más recio y corajudo, el que con mayor empuje peleaba, gritó:—¡Este ya está!—Y arrebatando el machete al guardia Ramírez, lo hundió una, dos, siete veces en el pecho de su adversario.

Arrojando sangre á borbotones por las heridas, Ramírez se desplomó agonizante sobre las tablas del vagón, y el terrible asesino, blandiendo con furia siniestra el machete ensangrentado, decía á los viajeros:

—¡Echáos á la vía ó perecéis!

Los pobres viajeros, aterrados, sorprendidos por la audacia de los bandoleros, abalanzáronse á las portezuelas con intenciones de arrojarse á tierra; pero Castro, un poco más sereno que sus acompañantes, les aconsejó que marcharan tras él por los estribos.

La pobre mujer no tuvo fuerzas para salir del coche. Trémula, desencajada, llorosa, cayó al suelo y sufrió un síncope, quedando oculta debajo de uno de los asientos.

Entretanto, la trágica lucha proseguía en el vagón, convertido en teatro de un crimen horrendo.

Mientras Jerónimo Ramírez se retorcía en el suelo sobre un charco de sangre, los tres bandidos asestaban terribles golpes al guardia Rodríguez Marqués, que se defendía bravamente, fieramente, empuñando el cuchillo del mauser, como si en él estuviera todo su honor de soldado.

En aquellos momentos terribles, el pobre Marqués debió recordar la lucha heroica que en otros tiempos sostuvo con la partida del *Pernales*, y de la cual salió tan mal librado, que ingresó en el Hospital de Sevilla, donde estuvo durante dos meses.

Marqués es hombre fuerte, y á no haberle sorprendido la traición, buena cuenta hubiera dado de los tres bandoleros. Pero estaba inmóvil, sujeto de pies y manos, aprisionado en las garras de sus agresores audaces.

—¡Suelta el cuchillo! le gritaban éstos.

—¡Nunca!—respondía, quejumbroso, el pobre guardia.

—¿Nunca? ¡Pues toma... toma!

Y acompañando la acción á la palabra, descargaron dos golpes tremendos, uno en la frente y otro en el pecho del valiente guardia.

Pitó estridente el silbato de la locomotora. Jerez estaba próximo.

Los bandidos, empuñando las armas que fueron de sus víctimas, echáronse á tierra, sin reparar en peligros.

En la estación de Jerez.

El viajero Alfredo Castro, que permanecía en el estribo, volvió al vagón. El cuadro era siniestro, espeluznante.

Manchas rojas, de sangre aun humeante, cubrían el piso y los asientos. Ramírez, en el suelo, parecía haber pagado su tributo á la muerte; Marqués, empuñando siempre su cuchillo, como un héroe que cae en le campo de batalla, respiraba aún.

El tren entró en agujas.

—¡Jerecez... veinte minutos!

Y á este grito del mozo de estación, respondió desde su coche de tercera el afligido Castro pidiendo socorro.

Se arremolinó el público, acudieron las Autoridades, y entre ellas el teniente de la Guardia civil D. Eusebio Vázquez Salinas, que venía en un departamento de primera del mismo tren.

La impresión que la horripilante tragedia produjo no es para descrita.

Sacados del vagón los cuerpos de los guardias, fueron trasladados á la casa de socorro, seguidos de la multitud.

Allí les fueron administrados los santos Sacramentos, y Jerónimo Ramírez falleció sin poder declarar.

El pobre Marqués sólo pudo decir su nombre y el de su compañero, que es natural de Morón.

Después cayó en un estado de postración tal, que ha sido imposible interrogarle.

Mientras los heridos eran auxiliados en la casa de socorro, el viajero Castro relataba las escenas que llevo descritas y el juez militar proseguía las diligencias sumariales, por haberse inhibido á su favor el juez de instrucción del distrito de San Miguel, Sr. Lara, que las había comenzado.

El teniente de la Benemérita, Sr. Salinas, penetró en el coche, cuyas paredes estaban acribilladas á machetazos, y recogió del suelo las esposas de los presos, hechas pedazos, y los tricornios y mochilas de los civiles.

El cuchillo perteneciente al guardia Marqués habíalo entregado este mismo al oficial, diciéndole con voz apenas perceptible:

—Lo he defendido, mi teniente.

Audacia de los bandidos.

La tragedia del tren, ya relatada, tiene una segunda parte, que podemos titular: *Audacia de los bandidos.*

Tan pronto como se tuvo noticia del hecho y se supo que los asesinos se habían internado en el pinar, entre El Cuervo y Jerez, se dió aviso á todos los puestos y de aquí salieron tres grupos de á cuatro guardias á las órdenes del capitán Sr. Falcet.

No es necesario decir que durante toda la tarde se han recibido noticias dando cuenta del pánico que reina en la comarca ante este hecho, que revela una audacia increíble, del cual sólo se encontrarían precedentes remontándonos á los tiempos en que estaba en su apogeo el bandolerismo andaluz.

A las seis de la tarde llegó á esta ciudad, procedente de Cádiz, el jefe de la Benemérita, teniente coronel señor González Escandón, é inmediatamente circuló las órdenes oportunas para que se dieran batidas en todos los campos de Jerez y de El Cuervo.

No acababa de transmitirlas, cuando se recibió de la estación de El Cuervo un telegrama que decía así:

«En cortijo propiedad comerciante y concejal gaditano D. Pascual Merelló, presentáronse tres hombres aspecto facinerosos. Dos de ellos llevaban mausers. Exigieron dinero, comida, que encargados cortijo entregáronles temiendo agresión.

Después comer pidieron tres mejores caballos, montáronlos, internándose monte en dirección contraria á la que suponíase.»

El efecto que este despacho produjo fué tremendo, y más tremenda aún la impresión causada por el siguiente, que se recibió minutos más tarde, y que decía así:

«Confirmado hombres presentáronse cortijo Merelló son autores asesinatos guardias.»

Ambos despachos fueron transmitidos al gobernador de Cádiz, que, según dicen de allí, se ha pasado la tarde en su despacho expidiendo órdenes con el plano de la provincia á la vista.

Toda la Guardia civil de la región está en movimiento, y á Huelva se ha telegrafiado, por si se internan allí los foragidos.

La emoción en toda la comarca es enorme. Parece que flota sobre los campos andaluces el espíritu siniestro de aquel ingenioso y audaz criminal que se conoce en la historia del bandolerismo español con el nombre de José María.

Lo que cuenta un viajero herido.

En el tren de mercancías llegó á Jerez de la Frontera Pedro García, viajero que huyó del vagón donde se desarrollaron los hechos.

Presenta heridas en la cabeza.

Ha referido que venía con su esposa, María Castro Jurado, á pasar una temporada en Jerez con la familia, que vive en la calle de la Campana, núm. 19.

Al ver que se entablaba la lucha entre los guardias y los presos, huyó, y al tratar de correr por los estribos cayó á la vía.

Dice que los viajeros, al observar que huía, creyeron que el tren había descarrilado y se asomaron presurosos á las ventanillas.

Cuando estaba en la casa de socorro se presentó su esposa, que, como ya dijimos, se había refugiado debajo de un asiento.

La escena que se desarrolló entre los esposos fué muy tierna y emocionante.

Otros detalles.

Los fugados se llaman Laureano Conejero Barco, natural de Medina; Juan Gómez Rivera (a) *Herrero*, natural de Utrera, y Juan Martín Barragán, de Bailén.

Los tres estaban condenados á nueve años de presidio, por robo.

Los dos primeros salieron de Cádiz para el Puerto en diciembre último, condenados por robo en causa que se instruyó en el Juzgado de Jerez.

Del penal de Santa María se fugaron, y capturados, fueron conducidos á Sevilla á responder de otro robo, que es por el que se les impuso nueve años.

Hazañas de un mago

El agua fatal. — El papel encantado. — Amuletos y talismanes.

La Policía de París ha detenido recientemente en la calle de Mazagran, esquina á la de Echiquier, donde tenía su domicilio, á un sujeto que se hacía llamar Morrys, el diablo rojo, Tal'Halzac.

La consulta era casi gratuíta; su negocio consistía en vender productos, fabricación especial suya, y que le producían pingües rendimientos. Véase la clase. Tres gotas en el portal de una casa enemiga, y si el visitante deseaba una venganza positiva, podía retirarse tranquilamente, en la seguridad de que la desgracia llegaría pronto á aquella casa.

¿Era uno molestado por alguna persona ó se oponía ésta á la realización de algún plan? Pues otras tres gotas vertidas sobre el sujeto en cuestión le causaban mal de ojo.

¿Se trataba de una pasión amorosa que había llevado la discordia al hogar? Otras tres gotas fatídicas, y la discordia resultaba entre los amantes, volviendo á reinar la paz en el hogar.

El diablo rojo vendía también papel encantado, amuletos, talimanes de buenos y malos efectos, etc., etc.

En una correspondencia voluminosa que se le ha recogido, figuraba una carta de pedido de «agua fatal», que debía servir á un sujeto misterioso que pensaba marchar á San Petersburgo y valerse del agua citada para asesinar al zar de Rusia.

Otra carta había de un descontento, escrita en sentido amenazador y donde se hablaba de un juez instructor y de un comisario.

El mago ha manifestado ante el juez que la llamada agua fatal era extraída de la fuente de la cocina de su casa.

El tal Morrys se llama realmente Mauricio Tal'Hazac, tiene cuarenta y dos años y ha recorrido ya, en unión de una joven, diversos *music-halls* de París y de Europa, donde se dedicaba á la transmisión del pensamiento humano.

Los Tribunales de París le perseguirán como estafador.

Con objeto de fomentar el ganado, especialmente el cerdo, la cabra y la oveja, las Autoridades de Virginia, al colonizarse dicho Estado yanqui, promulgaron una ley condenando á la pena de muerte al que matase algunos de dichos animales.

Recetas y procedimientos útiles

Síntomas y primeros auxilios en los casos de envenenamiento.

Amoniaco.—De ordinario, inmediatamente después de la absorción (los niños son las víctimas más frecuentes), calor y escozor en la boca, la garganta, pecho y estómago. Labios y lengua encendidos, relucientes y cubiertos de trozos de piel desprendidos. Tos sofocante, vómitos con abundante secreción de saliva mezclada con sangre. Cara pálida y angustiosa, ojos pequeños, huraños é inyectados. Pulso lento, extremidades frías. Irritación considerable de la laringe, de las vías respiratorias, voz débil y hasta afonía. Muerte inmediata ó que no sobreviene hasta algunos días después á consecuencia de una afección de la garganta ó de las vías respiratorias.

Se dará, en cuanto se noten los síntomas ó se tenga la certeza del envenenamiento, vinagre diluído en agua, zumo de limón ó de naranja, á voluntad. Acido acético ó cualquier otro ácido diluído en una gran cantidad de agua. Puede emplearse el vinagre de tocador.

Bebidas emolientes, tales como clara de huevo en el agua, leche, tisana de cebada, de arrow-root, etc., aceite de olivas.

Acido carbónico.—Irritación en la garganta, pesadez y dolores en la cabeza, entorpecimiento, aturdimiento, ruídos de oído. Los movimientos se hacen rápidamente difíciles. Latidos violentos del corazón, respiración rápida.

Deben abrirse todas las puertas y ventanas. Respiración artificial. Amoníaco é inhalaciones. Fricciones y calor en las extremidades. Estimulantes en cantidad moderada. Enema de café. Inhalación de oxígeno. Duchas frías sobre la cabeza y el pecho.

Hidrato de cloral.—Produce sueño profundo, abolición del poder muscular, disminución ó abolición de las acciones reflejas y de la sensibilidad. Cara lívida é hinchada, algunas veces encendida; pulso lento ó débil y rápido. Disminución de la frecuencia de los movimientos respiratorios. Pupilas contraídas durante el sueño y rara vez dilatadas. Extremidades frías. La temperatura del cuerpo desciende á 33°. Aparece en la piel una erupción en los casos prolongados.

Elévese la temperatura con mantas calientes, botellas, ladrillos, fricciones secas, etc.

Despiértese al enfermo estimulándole de todas maneras, hablándole fuerte, golpeándole la cara y el pecho con una servilleta mojada, pellizcándole, poniéndole sinapismos en las piernas. Enema de café. Respiración artificial. Inhalaciones de nitrito de amilo.

Estricnina.—Convulsiones que proceden por accesos paroxísticos. Durante los paroxismos, ojos prominentes, pupilas dilatadas, respiración difícil, pulso débil y muy rápido. A veces, gritos convulsivos; á menudo, gran ansiedad. Generalmente, muerte por asfixia durante un paroxismo ó después de un período de colapso.

Mientras no llega el médico, que procederá al lavado estomacal ó recetará vomitivos, como la ipecacuana ó la apomorfina, debe hacérsele ingerir al enfermo todo el carbón vegetal que se pueda.

Se puede sostener al paciente mediante el cloroformo ó el éter. Inhalaciones de nitrato de amilo. Bromuro de potasio é hidrato de cloral á altas dosis.

Inyección hipodérmica de 20 centigramos de solución de curare á 1 por 12.

Cogidos en el garlito

La Policía francesa ha conseguido detener á dos famosos rateros que venían practicando con éxito los robos á la americana.

Recientemente habían estafado 1.500 francos.

Dos agentes que habían sido designados para echar el guante á los fugitivos, lograron apercibir en la terraza de un café á dos individuos correctamente vestidos, en quienes creyeron reconocer á los prójimos que buscaban.

Desconfiando, sin embargo, de su impresión, idearon un plan para cogerlos en el garlito, si, efectivamente, eran los estafadores que buscaban.

Uno de ellos fué á sentarse á una mesa próxima y pidió las revistas ilustradas, lanzando exclamaciones cada vez que veía un grabado representando el aeroplano de Wilbur Wright. Los dos sujetos sospechosos, que seguían con interés la actitud del desconocido, creyeron ver en él una nueva víctima y se presentaron espontáneamente, ofreciéndose. El desconocido, que disimulaba perfectamente sus impresiones, les dijo á sus amigos del momento que era labrador del Somme.

Los rateros se ofrecieron incondicionalmente al labrador para acompañarle por París.

La proposición fué aceptada con entusiasmo por el policía, que seguía desempeñando su papel á las mil maravillas, é insinuó que llevaba en el bolsillo diez billetes de banco.

Se pidieron nuevos boks de cerveza y la conversación se animó.

En esto se detuvo á la puerta un automóvil, que conducía á un señor que había sido robado por los rateros, y acompañado del otro agente, reconoció en los dos sujetos á los que le habían robado.

Al verse cogidos y sin escape, no tuvieron inconveniente en confesarse autores, y en el mismo automóvil, y acompañados de los agentes, fueron conducidos al Depósito.

Detención trágica.

Hace algunas semanas que una sexagenaria, la señora Beysé, y su hijo, de diez y nueve años, alquilaron una tienda en el número 19 bis de la calle Pajol, de París.

El propietario de la casa (por cierto ésta de moderna construcción), impuso ciertas condiciones y sólo por la honorabilidad que aparentaban la señora y su hijo y por la promesa de que en la tienda no se ejercería ninguna industria punible ni atentatoria á la moral, se decidió á firmar el contrato con las personas que solicitaban el arrendamiento.

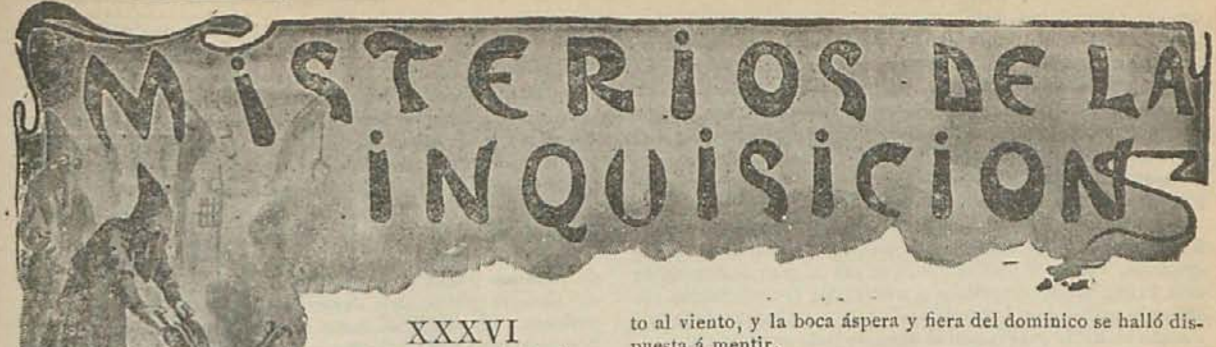
El dueño pareció satisfecho, pues, á los pocos días, en vez de la ropa deteriorada que se veía en las paredes, vió objetos antiguos, encajes, etc., y el rótulo que ostentaba el establecimiento fué sustituído por uno elegante en que se leía: *Comercio de antigüedades*.

Una noche, una pareja de gendarmes vió rondar por los alrededores del camino de Perq á dos sujetos de cuya honorabilidad había más que suficiente motivo para dudar, y los gendarmes se propusieron averiguar el nido.

Cuál no sería su asombro al ver que uno de ellos penetraba en el lujoso establecimiento de la calle Pujol. Allí el sujeto que había entrado, que no era otro que el que pasara por hijo de la inquilina, al ver á aquellos representantes de la Autoridad, sacó un revólver, y aplicándoselo á la sien derecha, disparó, cayendo en brazos de los gendarmes, que se habían adelantado al ver la actitud del joven. Fué éste conducido á un hospital próximo, donde los médicos desconfían de salvarle.

Posteriormente se ha practicado un minucioso registro en el establecimiento, encontrándose en él diferentes objetos de valor, todos procedentes de robos.

En cuanto al cómplice del que ha atentado contra su vida, ha logrado detenerlo la Policía en Rueil y ha confesado infinidad de robos y estafas que habían cometido, aunque ahora, como es natural, carga la mayor parte de culpa sobre el sujeto que agoniza en el lecho del hospital.



XXXVI

Último día de disimulo.

En aquella misma noche, José, solo en su casa, sentado delante de una mesa de pies curvos, llena de libros ascéticos, contaba una á una é iba añadiendo al montón, después de haber anotado el total de cada valor en una cuartilla de papel blanco, una gran cantidad de letras de cambio que acababa de tomar en casa de un banquero judío.

Era la fortuna del joven fraile.

—¡Bien!—dijo con satisfacción, cuando hubo concluído sus operaciones de cálculo—; esto podrá ahora transportarse adonde se quiera, y los pobres muchachos tendrán con qué vivir.

Después colocó cuidadosamente las letras en una pequeña cartera de seda encarnada, junto con una carta que acababa de escribir, una sortija de oro que quitó de su dedo y cabellos cerrados en un medallón muy pequeño.

Atólo luego todo con una cinta verde, que selló con cera del mismo color.

Hecho esto, metió la cartera en un bolsillo abierto entre los pliegues de su hábito. Tomó otra cuartilla de papel, y escribió en latín.

«Seréis juzgado mañana; pero vuestro arresto no ha sido comunicado al Consejo de la Suprema. Haced valer esta falta de formalidad; el Santo Oficio se verá precisado á soltaros».

—Esto—dijo hablando entre sí—, para entregar á Juan de Avila mañana antes de la audiencia—y metió el papel en la manga.

—¡Vamos!—prosiguió—, ¡aun debo llevar algunas horas esta pesada cadena de disimulo y de mentira!; con algunas horas más de trabajo, ¡estará cumplida mi venganza! ¿No he desempeñado hasta aquí mi tarea con valor? ¿No he servido dócil y complaciente á las pasiones y vicios de ese monstruo que diezma á Andalucía? ¿No he hecho en su nombre una sangrienta aureola, siniestro estandarte que llama al odio y á las revueltas? ¿No he escavado lentamente con mis débiles manos el abismo en que debe hundirse? ¡Oh Inquisición! ¿No he logrado hacerte bastante infame y odiosa en la persona del más criminal de tus miembros, para que España, levantándose toda entera como un solo hombre á la señal que voy á darle, derroque para siempre ese insaciable coloso?... ¡No importa! yo derribaré la primera piedra de ese edificio de muerte: ¡sígame España si tiene valor!

—¡Oh! ¡Dios mío!—dijo luego inclinando la cabeza entre sus dos manos con aire de abatimiento indecible—, ¡Dios mío! ¡qué fatiga!... ¿cuándo llegará, pues, el descanso?... ¡Qué horrible jornada es ésta!... ¡Oh! estas llamas, estos gritos de agonía! me persiguen por todas partes... por todas partes se me aparecen lívidos rostros, espectros helados... por doquiera vuelvo á ver al... que yo amaba... al que tantos años ha me está continuamente gritando: ¡ven! ¡ven!. . ¡Oh! los muertos tal vez participan de la eterna clemencia de Dios y sólo conocen el perdón. . ¿Acaso soy criminal porque me vengo?...

—No, no—prosiguió levantándose con febril exaltación—; yo obedezco la voz de Dios... ¡Sólo soy el instrumento de la justicia divina!... Aguarda, aguarda tú que me llamas; ya está cerca el día, no aguardarás mucho tiempo...

Pero aquel rostro severo, que en cada uno de sus músculos llevaba impreso un sufrimiento ó una idea, serenóse repentinamente; aquella fisonomía altiva que parecía ser la personificación viviente de la cólera eterna contra los malvados, se convirtió como por magia en dulce y risueña; aquella ancha frente de arrugadas cejas se desarrugó como un lienzo expuesto al viento, y la boca áspera y fiera del dominico se halló dispuesta á mentir.

Acababan de llamar á su puerta y abrió.

Era Pedro Arbués, que iba á buscarle en su aposento.

Al volver del auto de fe, el inquisidor había sabido la fuga de Dolores, y esa alma implacable, aun no saciada de suplicios y tormentos, soñaba ya en nuevas víctimas.

Pedro Arbués estaba pálido y fatigado, pero la insaciabilidad de sus instintos destructores sostenía aún su inextinguible energía.

Sentóse, y mirando á su favorito, que permanecía en pie delante de él, le dijo:

—¡José, todo el mundo me ha vendido hoy!

—Excepto yo, monseñor—respondió el fraile.

—Tú... sí, lo sé; tú eres el único fiel; el único que sabe comprender las necesidades de este altivo corazón que late en mi pecho, el único que jamás ha contrariado mis inclinaciones; el único, al menos, que me ha servido sin interés. ¿Crees que no comprendo le adhesión egoísta de los demás? ¿La protección que les concedo el oro que les prodigo, los placeres con que les embriago no me son una garantía segura de su adhesión y de su fidelidad? ¡Enríquez, á quien hice gobernador de Sevilla; los demás, á quienes he hecho consejeros, priores ú obispos!... En verdad que todos esos no tienen mucho mérito en serme fieles Y sin embargo...—añadió con rabia—, Manuel Argoso ha sido libertado hoy, y Dolores ha desaparecido de las cárceles del Santo Oficio.

—¿Qué importa á vuestra eminencia?—dijo José levantando los hombros.

—¿Qué me importa, preguntas? ¡Por Satanás! Enviaré á galeras á todos los carceleros del palacio de la Inquisición, y haré quemar á esos frailes imbéciles, á esos obispos petimetres... y á ese villano revestido con la librea de un gentilhombre á quien he hecho gobernador de Sevilla!

—Haréis bien—dijo José.

—¿No estoy en todas partes rodeado de traidores?—continuó Pedro Arbués animándose al recuerdo del atentado contra su persona.—Hoy ha habido entre la multitud un hombre que se atrevido á herir al inquisidor general de Sevilla, y ese hombre... ¡era un familiar de la Inquisición!...

—Lo sé—dijo fríamente José.

—A no ser por ti, mi buen José, á no ser por tu santa y saludable prudencia, hoy ya no existiría; pues debo la vida á esa coraza que llevo debajo de mi túnica desde la noche en que me seguiste á la cárcel temiendo que me amenazaba algún peligro.

—¿Me engañé, monseñor?

—¡No, por Cristo! ¡y yo, injusto, osé irritarme contra ti! ¡contra ti, el ángel custodio de mi vida!

—Es que la vida de vuestra eminencia me es más preciosa que la mía, señor, y yo procuraba conservarla... ¡Oh! cuán preciosa es—prosiguió con extraña sonrisa—; pero ¿por qué vuestra eminencia se inquieta por la desaparición de la hija del gobernador? ¿Qué importa á Pedro Arbués una mujer más ó menos? ¿Qué importa á un millonario que le falte un doblón de su arca? Creedme, señor, esa no es vuestra verdadera gloria. Esas preocupaciones de los sentidos no sirven más que para ablandar el alma, disipar los pensamientos fuertes y extinguir la energía de la voluntad. Por el miedo es como reináis. Pues bien, aumentad más vuestra omnipotencia. ¿No hay en Sevilla bastantes cabezas que cortar? Ese fraile detenido ocho días hace...

—¡Juan de Avila!—exclamó Pedro Arbués—; ¡oh! yo le haré podrir en los calabozos de la Inquisición.

—Haríais muy mal, señor. Este fraile ha predicado doctri-

nas contrarias á la fe católica; conviene hacer un castigo ejemplar y asegurar el triunfo de la religión, que constituye vuestra gloria y vuestro poder. El papa y el rey lo agradecerán, porque ambos abominan la herejía de Lutero. Haced comparecer á Juan de Avila, pero de un modo solemne; sea esta sesión pública; dejad entrar libremente á todo el mundo, y á la faz de Sevilla probad, condenándole, que aquel á quien los andaluces llaman apóstol, sólo es un miserable apóstata, un peligroso hereje.

A medida que José hablaba, el rostro del inquisidor manifestaba de un modo enérgico los diversos pensamientos que le agitaban. Vuelto al predominio, que era la gran pasión de su vida, Pedro Arbués escuchaba con indecible complacencia á ese demonio tentador en figura de arcángel, que á fuerza de lisonja y maña se había constituído el alma de toda su voluntad.

—¡Oh! tienes razón—dijo Pedro Arbués—; tienes razón, José; muchas veces olvido demasiado el verdadero objeto de mi misión aquí abajo; me dejo llevar con demasiada facilidad por el indómito arrebato de los sentidos y por el torrente de mis pasiones devoradoras; el hombre domina demasiado al inquisidor, y ya veinte veces las imprudencias á que me arrastra ese temperamento de fuego han estado á pique de perderme. Eres muy feliz, José: tus sentidos son fríos como los de una virgen, ó más bien, tú los dominas por la fuerza de la voluntad. Eres el único de nosotros á quien jamás se ha podido reprochar la menor debilidad.

—Monseñor, para reinar sobre los demás es preciso comenzar reinando sobre sí mismo. El enemigo más difícil de vencer es el «yo humano». Vos no seréis realmente poderoso hasta que sepáis reprimir á tiempo una pasión ó un capricho, y la sometáis sin misericordia á las exigencias de vuestra posición sin dejaros dominar.

—¿Eres tú quien hablas, José? ¿tú que tantas veces has servido á mis inclinaciones y caprichos, como tú los llamas?

—Siempre que eso no ha podido perjudicar á vuestra eminencia; pero sólo en este caso; animar vuestro loco amor por esa muchacha, que al fin no es más bella que otra cualquiera, sería haceros una insigne traición. El pueblo está descontento; la acción de hoy lo prueba bastante; no le irritéis más, señor, arrojándoos abiertamente en persecución de los fugitivos, que tienen partidarios entre el pueblo. Por ahora, dejadlos en paz; si lo hacéis, más tarde los encontraréis; ¿faltan acaso *cruciatos* en España para perseguirlos y encontrarlo? Creedme, señor: procurad más bien atraer hacia otro punto la atención de estas masas turbulentas; lisonjead al papa y al rey manifestando el más riguroso celo contra los reformados. Finalmente, señor, sed un soberano espiritual omnipotente, y no el miserable esclavo de una mujer.

—José—dijo Pedro Arbués—, si yo fuera rey te nombraría mi primer ministro.

—El ministro sería el primer esclavo de V. M.—respondió el favorito.

—¡Pues bien, sea!—siguió el inquisidor con entusiasmo—; sea: reprimamos las revueltas de esta carne indomable que me hace á veces débil é indeciso como un niño. Seamos fuertes para reinar, y para reinar sin partir, sepamos someter nuestras propias inclinaciones. ¡Una mujer! ¿qué es una mujer? ¿qué importa que se llame Dolores ó Paula, que sea hija de un grande de España ó del último gitano de Andalucía? Bien considerado, sólo es un miserable juguete indigno de ocupar mucho espacio en la existencia de un hombre.

—Sin duda—respondió José, que al nombre de Paula se había estremecido—; sin duda una mujer no es digna de que vuestra eminencia se ocupe de ella sino algunos minutos: considerarla de otro modo que como un juguete ó una esclava sería una insigne necedad. Por lo tanto, mañana, señor, mañana lo más tarde, ¿vuestra eminencia hará comparecer delante de sí á ese fraile peligroso?

—Sí, mañana—repitió vivamente el inquisidor—; ¿no debo defender los derechos de Roma? ¿y qué mayores enemigos de Roma que esos sacerdotes insensatos que reducen el apostolado á la simple observancia del Evangelio, como si ese código del catolicismo no fuera un tejido de ficciones y alegorías que cada papa, cada concilio y cada dignidad de la Iglesia en particular, tiene el derecho de interpretar á su placer, según las necesidades temporales ó espirituales del país en que vive, del pueblo en que gobierna y de sus propias necesidades? ¡Fuera esos innovadores insensatos que predican la libertad del pueblo! Para él es un alimento malsano que se le indigesta en vez de aprovecharle. ¿El mismo Jesucristo no dijo: «Dad al César lo que es del César»? Los reformadores dicen al contrario: «Quitad al papa el poder que tiene de Dios». No, no lograrán derribar la cátedra de San Pedro; la Iglesia se ensañará contra ellos con severidad creciente, la mala hierba no debe ahogar el buen grano; diez frailes como Juan de Avila pronto habrían sublevado á España y desterrado la Inquisición.

—Vuestra eminencia está fatigado—observó José—; necesita descansar después de una jornada como ésta.

—Y tú también, mi pobre José—dijo Pedro Arbués, pasando la mano por la abrasada frente de su favorito—; pero ya ves siempre que me dejo llevar por el torrente de mis fogosas pasiones... Vamos, adiós, hasta mañana; todavía voy á orar una hora para que el Espíritu Santo se digne iluminarme en esta difícil circunstancia.

El inquisidor se levantó, y el favorito le acompañó hasta la puerta exterior de su aposento.

—Mi señor—le dijo al dejarle—, pido á vuestra eminencia permiso para retirarme tres días á mi convento.

—Bien, mi buen José, ya comprendo... tienes necesidad de recogerte... pero sólo tres días, ¿oyes?, pues ya sabes que no puedo pasar sin ti. Debo celebrar y predicar el domingo en la catedral; procura estar de vuelta á la hora del sermón.

—Os lo prometo—dijo José.

—Hasta el domingo, pues—repitió el inquisidor.

—Hasta el domingo, señor.

—A lo menos, que seas puntual á esta cita.

—Tranquilizaos, que procuraré no faltar.

José volvió á entrar, dejó caer tras sí una pesada mampara de terciopelo encarnado; en seguida se dejó caer aplomado en una poltrona al pie de su cama, exclamando con aire de indecible satisfacción:

—¡Está concluído! he aquí mi último día de disimulo.

XXXVII

Un sacerdote según el Evangelio.

Volvamos, pues, por tercera vez á ese terrible Tribunal en que ya hemos visto comparecer tantas nobles víctimas; poco ha que hemos asistido á una sesión muy interesante y solemne. Grandes nombres han arrojado en pasto á la hidra de Roma, y su escudo de armas se ha roto contra esa simple palabra *hereje*; esta palabra, pronunciada por un Tribunal sin apelación, ha bastado para anonadar perpetuamente y borrar de la lista social familias enteras, cuyo origen se perdía en la noche de los tiempos.

Pues bien, hoy no es una familia ni un gran señor español el que va á sentarse en el banquillo para oir de la boca del inquisidor la sentencia que le condena á morir ó á quedar enteramente infamado.

No es el poder, la riqueza ó la hermosura la que la Inquisición acrimina hoy, es la caridad misma; la caridad personificada y revestida de una simple túnica de carmelita descalzo para consolar á España perseguida; el espíritu cristiano en figura de hombre, para que bajo esa forma vulgar el pueblo no pueda desconocerle y negar su existencia: un pobre fraile, en fin, que ha pasado su vida orando y bendiciendo.

Ese fraile es Juan de Avila.

La Inquisición ha temido á sus virtudes más que á los vicios de los otros, y ha dicho:—Destruyamos á ése, que es la condenación viviente de nuestros crímenes. Pero retrocedamos algunas horas.

Ya recordarán nuestros lectores que la noche precedente José se había despedido de Pedro Arbués so pretexto de retirarse; mas en vez de ir á su convento, como lo había indicado al inquisidor, salió muy de mañana hacia la taberna de la *Buena Ventura*.

Allí se encerró con Coco en el triste reducto en que dormía el alguacil; y el fraile y el hombre del pueblo hablaron largamente y en voz baja. José, confiando á Coco los importantes secretos con el mayor abandono, como quien está bien seguro de la persona á la que se confía, y Coco, recibiéndolos con la alegría orgullosa de un subordinado muy adicto, dichoso porque se confía en él y le ponen á prueba.

(Continuará.)

Nota cómica



—Señora, una limosna por Dios, que no he conseguido nada en este año.
—¿Pues qué ha hecho usted, si estamos en noviembre?
—He estado ocho meses en la cárcel.

Desvalijado y echado al agua.

Un hombre completamente desnudo se presentó hace tres días en una casa de socorro de París, situada en el muelle de la Tournelle, pidiendo ser auxiliado.

Allí manifestó llamarse Jacobo Van der Bosch, de veinte años, de origen belga. Dijo que hacía solamente ocho días que vivía en París, adonde había llegado en busca de una colocación de cochero

Manifestó que al encontrarse en un puente, cerca de la casa de socorro donde se le auxiliaba, unos transeúntes se arrojaron sobre él, y, sin darle lugar á defenderse, le arrojaron al suelo, despojándole de cuanto llevaba, incluso la ropa.

Ya creía que le iban á abandonar, cuando cogiéndole uno de la cabeza y otro de los pies, le arrojaron al Sena.

El comisario de Policía del distrito ha abierto un sumario para depurar cuanto manifiesta el belga en su raro relato.

Advertencia

Rogamos á nuestros suscriptores, para evitar trastornos á la Administración del periódico, tengan en cuenta:

1.º Que el tiempo mínimo de suscripción es de tres meses.

2.º Que la suscripción se considerará continúa indefinidamente, en tanto no se reciba aviso del suscriptor en contrario.

3.º Que los avisos de baja han de darse necesariamente **con quince días de anticipación** á la fecha en que termina la suscripción.

Dirigid la correspondencia á las oficinas del **Museo Criminal:** San Mateo, núm. 11 duplicado, bajo. Apartado de correos número 445.

Siempre que se escriba con alguna reclamación, debe acompañarse una faja del periódico.

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316